

Santo Domingo de Guzmán, varón apostólico

por fray Frank DUMOIS, O.F.M.

EN LAS IGLESIAS DE FRANCISCANOS Y DOMINICOS SE suele cantar en las fiestas respectivas de San Francisco de Asís (4 de octubre) y Santo Domingo (8 de agosto): “El apostólico Domingo y el seráfico Francisco, nos enseñaron tu ley Señor”. Así se mantiene la tradicional amistad entre los dos santos fundadores.

En efecto, Domingo tenía la santa obsesión del apostolado. El Santo vive en la llamada Edad Media, conceptuada por muchos como una época oscura y supersticiosa, pero hoy reivindicada en gran escala, sobre todo los siglos XII al XV, como una época luminosa en el arte, la literatura, las artes plásticas, etcétera.

Domingo nace en Caleruega, cerca de Burgos, en Castilla la Vieja, en 1170. Nada fácil era entonces la situación eclesiástica. El clero, falto de formación, tenía con frecuencia conductas escandalosas, lejos de los preceptos evangélicos. A esto se añade la pululación de herejías. La más famosa la de los cátaros o albigenses, que habían logrado importantes núcleos en el sur de Francia, favorecida por círculos de la nobleza.

Otra herejía era la de los valdenses o pobres de Lyon, que practicaban la pobreza, pero se rebelaron también contra la jerarquía de la Iglesia.

Es necesario conocer estas circunstancias históricas para comprender la obra de Santo Domingo.

Domingo era descendiente de la ilustre familia de Guzmán. Se dice –¿verdad o leyenda?– que antes de nacer, su madre la Beata Juana de Aza soñó que pariría un perro con un hacha encendida en la boca, símbolo del celo de Domingo y de la luz que debía irradiar en el mundo.

Los años de su infancia fueron placenteros. Muy joven fue enviado a la universidad de Plasencia, que estaba dotada de célebres profesores franceses e italianos. El futuro Santo ya daba muestras de virtud y ciencia que llevaron al obispo de Osmá, don Diego de Acevedo, primero, a darle una cátedra de Escritura en esa Universidad, después a nombrarle arcediano y ordenarlo de presbítero.

**Predicación, estudio y pobreza
son las tres obligaciones primordiales
de la Orden dominicana.
Constituían una verdadera revolución
en la historia del monacato.**



Un hecho de gran trascendencia para él fue cuando en 1206 acompañó a su obispo a Roma. Este, ferviente apóstol, trataba de renunciar a su episcopado para dar misión entre los cumanos, para lo cual necesitaba la autorización pontificia.

Domingo mostraba gran entusiasmo por los estudios, pasando noches enteras con los libros. Con todo, cuando hubo hambre vendió sus libros más valiosos diciendo: “No quiero estudiar sobre pieles muertas, mientras los miembros vivos de Cristo mueren de hambre”.

Al terminar sus estudios fue nombrado superior del cabildo regular de Osma, lo que le hizo intimar con el obispo Diego de Acevedo y acompañarlo a la Ciudad Eterna. El rey Alfonso VIII de Castilla les pidió que, de paso, visitaran a su hija casada con un príncipe francés, lo cual cumplieron. Fue la ocasión providencial para que conocieran la extensión de los cátaros en la Francia Meridional. Aquellas tierras infestadas de herejes no podían dejar indiferentes a aquellas dos almas apostólicas.

Domingo estaba convencido de que los tradicionales métodos de apostolado no bastaban para aquella situación.

El dueño del albergue donde los dos viajeros pasaron la primera noche en el Sur de Francia era cátaro. Domingo conversó toda la noche con él –y logró su conversión. Este lo convenció de que no se podía usar el desprecio y los ataques, sino palabras sencillas y caritativas. Las discusiones con los herejes son el más bello testimonio de la humanidad de Santo Domingo. Ellas solas bastan para sentir respeto y cariño por el fundador de la Orden Dominicana. Las autoridades civiles, por el contrario, apelaron a la violencia y es célebre la cruzada contra los albigenses, dirigida por Simón de Montfort, con total ausencia de espíritu evangélico.

Aunque no siempre obtuvo la victoria, Santo Domingo conoció por esas conversaciones los problemas de las herejías.

Rompió la actitud fría y odiosa hacia los herejes sin ceder en lo más mínimo en su fe católica. Sintió simpatía por los valdenses, cuando aún estaban en la Iglesia y con su pobreza reprochaban a los sacerdotes ricos que no vivían el Evangelio. Scheeben, insigne teólogo alemán, en su biografía de Santo Domingo opina que “en su trato con los valdenses adquirió la firme convicción de que la violencia no podía extirpar su movimiento. Su vida era

demasiado pura y evangélica para que su sistema doctrinal desapareciera rápida y totalmente. Sólo podría vencerse a los valdenses, según Santo Domingo, separando sus justas pretensiones del lastre herético y llevándolas a la práctica en el seno de la Iglesia católica” (“Santo Domingo, 1927, Pág. 142-43 y 135).

Domingo estaba convencido de que la ostentación y las riquezas quitan fuerzas a los mejores argumentos. Por eso fracasaron los intentos de conversión de los cataros por los monjes cistercienses que se dirigían a ellos con gran pompa.

Después de una breve enfermedad murió el obispo Diego de Acevedo y Domingo quedó solo. Sin embargo fue peor todavía la cruzada contra los albigenses a la que antes aludimos. Las finalidades políticas y de conquista prevalecieron sobre las religiosas. Cesaron las conversaciones doctrinales entre la Iglesia y los herejes. Pese a que la cruzada había empezado en defensa de la Iglesia contra los incendios de templos, contra el despojo de los bienes eclesiásticos y contra los asesinatos de clérigos perpetrados por los albigenses, Domingo no quiso usar otras armas que las espirituales: oración, discusiones doctrinales y paciencia.

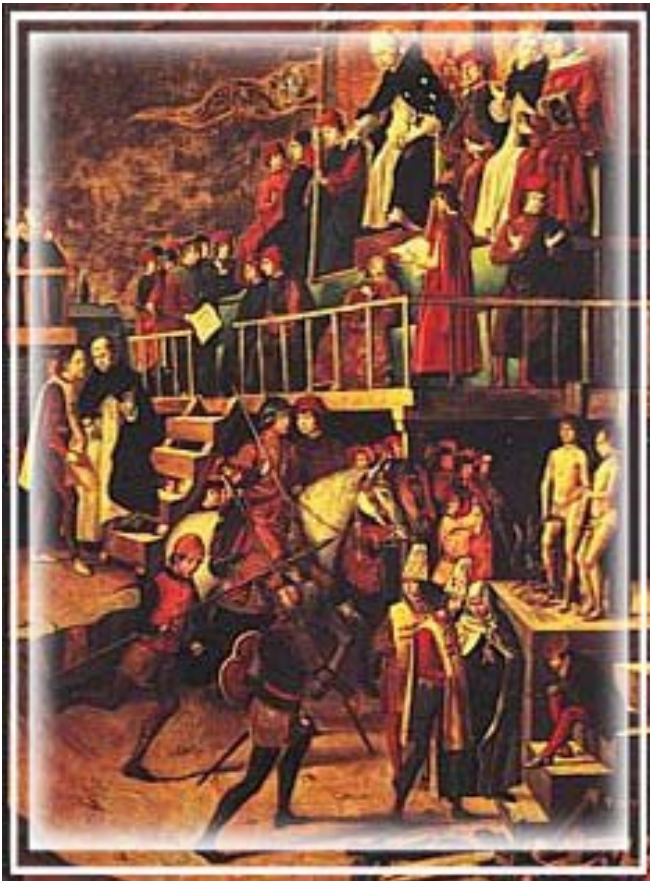
Domingo vio la necesidad de fundar un convento de religiosas para que elevaran su oración por la renovación de la cristiandad. En Prouille surgió el primero, con una fuerte ayuda económica del Azobispo de Narbona y el Obispo de Tolosa. El Santo les dio la regla de San Agustín.

Otras de sus glorias fue la creación de la Orden de la Milicia de Jesucristo, llamada después Tercera Orden de penitencia de Santo Domingo.

Después surgió la Orden de Predicadores (O.P.) hoy llamados Dominicos. Domingo reunió 16 compañeros. Algunos laicos se comprometieron a cooperar con sus rentas al mantenimiento de los nuevos predicadores, entre otros Pedro Cellari, quien cedió las casas que poseía en Tolosa, y el obispo de esta ciudad, Fulco, el cual prometió la sexta parte de los diezmos de la Diócesis. Domingo se dirigió a Roma con Fulco para pedir la aprobación del papa Inocencio III, lo cual hizo, señalándole la regla de San Agustín, que podía modificar según las circunstancias de la época. Honorio III repitió la aprobación.

Según la mentalidad del Santo sus religiosos debían hacer vida contemplativa, pero sin el aislamiento riguroso y

La vida de Santo Domingo, tan evangélica, de tanta caridad hacia el prójimo y pobreza hace que su figura conserve plena vigencia y sea un ejemplo para la sociedad moderna, tan sensible a la lucha por una más justa distribución de las riquezas, el valor de la dignidad de la persona humana y una cultura integral.



Auto de fe presidido por Santo Domingo de Guzmán.

absoluto de los monjes anteriores. Se proponía atraer a la Iglesia las almas alejadas. El arma preferida de la nueva Orden era la predicación de la Palabra de Dios. El estudio era indispensable para una predicación sólida. Ciencia y piedad debían ir unidas. La ciencia está ordenada a la predicación, a la salvación de las almas y era imprescindible para la cultura religiosa.

Igual que Francisco de Asís, Domingo valoró que la pobreza influía positivamente en los fieles como aval de la predicación. No permitió a sus frailes que tomaran dinero para sus viajes; habían de vivir de la limosna.

Predicación, estudio y pobreza son las tres obligaciones primordiales de la Orden dominicana. Constituyeron una verdadera revolución en la historia del monacato.

El Santo fundador no descansaba en el desarrollo de su obra. No tenían límites sus afanes reformadores. Sin embargo encontró oposición entre algunos arzobispos y condes, sin que se arredrara por eso. Sólo seis años tuvo para consolidar su obra, ya que tenía 45 años cuando la inició. Fundaba conventos y alentaba los ya fundados. Sus últimos años vivió en Bolonia (Italia), donde entregó su alma al Señor el 6 de agosto de 1221.

Su última enfermedad sirvió para revelar su grandeza espiritual. Siempre alegre, sereno, sin una queja, sin un suspiro en sus terribles dolores. Decía de su enfermedad: “Ella me sirve para hacer penitencia de mis pecados”.

Sabiendo que su vida terrena se terminaba llamó a sus hermanos dominicos y les dijo: “Hermanos míos, esta es la herencia que les lego: Posean la caridad; cultiven su inteligencia; permanezcan en la pobreza”. Hizo confesión general delante de sus hermanos. Agradeció a Dios haber sido virgen, pero con admirable humildad y franqueza afirmó que había sentido mayor gusto en conversar con las mujeres jóvenes que con las de más edad. Recibió fervorosamente la Unción de los enfermos y mandó que le leyeran la oración de los agonizantes y les dijo: “Después de mi muerte podré ayudarles más aún que durante mi vida”.

La vida de Santo Domingo, tan evangélica, de tanta caridad hacia el prójimo y pobreza hace que su figura conserve plena vigencia y sea un ejemplo para la sociedad moderna, tan sensible a la lucha por una más justa distribución de las riquezas, el valor de la dignidad de la persona humana y una cultura integral.

La Orden dominicana entre otros, tuvo santos de la talla de San Alberto Magno (alemán), que aquilató el genio de su discípulo Tomás de Aquino (italiano); ambos doctores de la Iglesia brillaron en el siglo XIII. En los siglos XIV y XV floreció San Vicente Ferrer, valenciano, predicador popular que obró numerosas conversiones. En la Reforma católica del siglo XVI está San Pío V, que puso en práctica las prescripciones del Concilio de Trento (1545-1563).

También son dominicas, la más grande y más célebre fue Santa Catalina de Siena, doctora de la Iglesia.

En la historia del arte se destaca el Beato Fra Angélico, que vivió en el convento de San Marcos de Florencia en el siglo XV. Se dice de él que nunca pintaba el cuadro de Cristo sino de rodillas y con abundantes lágrimas.

La Orden dominicana aparece ligada a la Inquisición, que para muchos es un baldón para la Orden. Pero no fue Santo Domingo el que asoció la Orden a ella, sino la Curia Romana. Fue diez años después de la muerte del Santo que Gregorio IX, con intereses políticos-eclesiásticos, encomendó la Inquisición a la Orden para combatir la herejía. Pero si es verdad que no está de acuerdo con el Evangelio ni con el espíritu moderno, contribuyó a la suavización de los procedimientos de su época. Los reos preferían ser juzgados por la Inquisición que por los tribunales civiles.

También fueron dominicos muchos defensores de los indios de América en los días del descubrimiento. Citemos sólo dos: fray Bartolomé de las Casas, que cruzó 16 veces el Atlántico para defender a los indios ante la corona española y fray Antonio de Montesinos, en la actual República Dominicana, donde fue la primera voz que se levantó en América a favor de la justicia.

En el siglo XIX brilló el insigne orador sagrado Enrique Lacordaire, que restauró los dominicos en Francia.

En el siglo XX se destacaron el insigne escriturista M.J. Lagrange y los teólogos Chenu Congar y Shillebeeckx. Ω